

Las eternidades de la intolerancia

Sorprende gratamente la colección de cuentos breves "El Ángel de Nicolás", de Verónica Murguía. Derrochan sencillez y un profundo sentido de humanidad. A la vez, nos permiten reflexionar sobre la persistencia nuestra para cometer los mismos errores de manera cíclica.

Tito Matamala

Un volumen de cuentos lleva implícita la promesa de un cierto sentido de unidad en los relatos, un tema en común o un modo unitario de abordar distintas temáticas. Cuando se logra a cabalidad, los cuentos se transforman en fragmentos que pueden entenderse como un texto mayor, una novela. Ello sin imponer el orden de las lecturas, ni menos el estilo de uno o dos relatos. Por eso, y a pesar de las normas del mercado y las editoriales, el cuento sigue siendo el género mayor, el más completo, el que permite más interpretaciones.

Todo lo anterior se aplica a este notable volumen "El Ángel de Nicolás", de la escritora mexicana Verónica Murguía, y que podemos conocer en Chile como parte de la profusa colección de narrativa de la editorial LQV.

En estos siete relatos breves, casi en forma de fábula para niños, asoma como gran protagonista la guerra causada por la intolerancia religiosa, el miedo y la superstición en buena parte del devenir de la humanidad. Nos contamos en los extensos siglos de la edad media, en que se levantó la espeda toledana cristiana o la dimiteris árabe para convertir en tasejos a los infieles del otro lado. No importa qué labia.

Matar o morir

Azuzados por los reyes, por los príncipes y proleas, los hombres bargan a caballo por las estepas de oriente en pos de su creencia. Y matan. Desde niño quiso ser soldado. Mi nitez me enseñó que el único poder verdadero, más elocuente que el sonido de las monedas o de las palabras de Nuestro Señor, era el de la espeda. Percipé toda obra que se hizo



al brigo de la oscuridad: robé, engañé, violé y di muerte. Para mí, sólo la espeda podía oponerse a la espeda, la vida era matar o morir. La elocuencia en la confesión pertenecía a Nicolás, un fiero soldado que se enfrenta a los búlgaros, enemigos de Constantinopla, la justa ciudad bizantina. El guerrero es la representación de su tiempo, moldeado por las fuerzas de la fe, brutal en sus actos y seguro de que su causa es la más noble: matar o morir, sólo eso entendía yo de las historias de los santos, decapitados, flechados, decuartizados, asados, en fin, muertos por pecados como yo.

Saledino, Nicéforo, Kam Krum, no importa el nombre del monarca. Todos ellos se sienten iluminados para asolar al mundo por su fe. Y nunca podrán aquiescer el sentimiento de desamparo que embarga a sus leales hombres, esa duda que los atormenta en el descanso. Tal vez sus reyes y su dios no sean los correctos. Cuando un hombre observa al enemigo derrotado, se ve a sí mismo. Cuando contempla la destrucción, el asqueo, su tierra

asolada por causa del enemigo, también se ve a sí mismo, cometiendo los mismos actos de barbarie. Mi ángel me enseñó que a vida no es solamente nistar o morir. Pero no me enseñó lo demás.

Aire actual

Como que desde siempre el hombre ha querido alcanzar el favor de Dios, infiltrarse entre sus más estimados y sin medir el costo del esfuerzo. El rey Federico ha imaginado que puede jugar a sí mismo el idioma del paraíso, la palabra original en los días de la creación. Entonces, ordena orar a doce niños por doce matronas, a quienes se les ha ordenado que jamás pronuncien una palabra, un artículo de madre, una raíz natural de un ser humano. El rey está seguro de que, los pequeños, que él cree incontaminados de ese modo, pronto comenzarán a hablar el idioma que lo comunicará directamente con Dios. Por cierto, no le resulta. Los pobres infantes, tan torturados como las mujeres que los arramantan, sólo toran, porque "el lento es el idioma que nos pertenece a todos, porque cualquiera que sea la lengua que hablemos, todos lo amamos igual". El lento era, pues, el idioma de la humanidad. El otro, el idioma del paraíso, seguiría siendo un misterio.

Los cuentos de Verónica Murguía están empapados de una profunda humanidad, y aun cuando se ambientan en épocas remotas, en siglos de espadas, crímenes e impiedad, sin duda acusan la intolerancia fresca de nuestros días. Hoy los guerras asíntes se mantienen en muchos sitios del otro, y a veces se distrazan de dignas causas contra el terrorismo, por ejemplo, pero siguen conservando el tono rotundo, el mesianismo ciego de Nicolás, el defensor de Constantinopla, cuando advierte que "el fiero triunfar sobre la beldad y la astucia. Vi cómo silenciaban los rezos más desesperados y las blasfemias más repulsivas. Me tenté, y yo me delataba en mi torca, susceptibilidad de hombre amado".

El SUR, Concepción 25 junio 2006 pág. 28

Las eternidades de la intolerancia [artículo] Tito Matamala.

Libros y documentos

AUTORÍA

Matamala, Tito, 1963-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2006

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Las eternidades de la intolerancia [artículo] Tito Matamala.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile